
HASTINAPURA

diario para el alma

Año 9, Número 50, Mayo Junio 2008

Índice

| | |
|---|----|
| Editorial: Lugar perfecto..... | 1 |
| Vida de santos hindúes: Midiko y Vagudar..... | 3 |
| Del Srimad Bhagavatam..... | 8 |
| Las dos tendencias del ser humano..... | 10 |
| La bienaventuranza de la fe..... | 12 |
| Enseñanzas de los Místicos del Islam..... | 13 |

Editorial: Lugar perfecto

...Y así como no existe el “momento oportuno” para la oración, has de saber, Hijo mío querido, que tampoco existe lugar en esta tierra que posea sobre otros el privilegio o el poder de alimentar tu voluntad para que entres en unión con Él. Si un sitio te inspira más que otros, espera a moverte de él, y te verás derrumbado como antes de buscar su amparo, que nada que se recibe en préstamo del mundo puede llamarse propio, ni de tu esencia.

Y es que tú, y nadie más que tú, eres el lugar perfecto, tú en ti mismo, adentro de tu mundo, de tu celeste casa, de tu territorio sublime, tú solo eres el santuario, el altar, la morada del Padre. Si no te visitas, si te desconoces, si te pospones, si te ves con indiferencia o desgano, es porque confundes el reino de la esencia con el efímero castillejo del mundo y, así, no deseas buscar al primero, y te marchas de visitas al segundo.

¡Mira cuántos templos, pagodas, iglesias y mezquitas levantó en esta Tierra el hombre que no pudo erigir en su Alma el trono de Dios! Es inútil que se nos haya dicho “el reino del cielo está en vosotros”, nuestra sordera no lo escucha y así fabrica templos de cemento y ladrillos, puesto que nos resulta mucho más fácil hacerlos de ese modo que construirlos de perdón, desapego y amor.

Cuán inconscientes somos, Corazón, al buscar, como te digo, sobre la tierra, el “lugar perfecto” para la oración. A ese “lugar perfecto”, ¿va la mente purificada? ¿Van los sentimientos inmaculados? ¿Está la imaginación controlada? No. A ese “lugar perfecto” entran con uno, todos los Cuasimodos del espíritu, entran pensamientos que hieden peor que las sepulturas, rencores ya ancianos, pegados como líquenes a las paredes de la mente, entra la decrepitud moral, el gigante de la soberbia, el enano de la humildad que nunca crece... y hacemos como si nada de eso interesara puesto que se halló el “lugar perfecto” para la oración... sin darnos cuenta de que en ese “lugar perfecto” todos hemos ingresado, todos los que te mencioné, todo ese ejército de desdichados... y fue por ello que la oración, precisamente, se quedó fuera.

...Y quién sabe cuánta suma de dinero, horas de sacrificio, esfuerzo vano, puso el ego dormido para conquistar ese “lugar perfecto”. Hay quienes se construyen una capilla particular, o un templo, o una gruta hermosamente decorada en sus jardines. He conocido a un hombre que levantó una pirámide, y a otros que malgastaron horas y horas en la decoración de sus altares... Si yo no puedo ser la Casa de mi Señor, vaciándome de mundo para que Él penetre en ella, no hay lugar sobre la Tierra donde consiga reunirme con Él. Y no puede haberlo, porque el mundo es cambiante y el Ser no lo es, porque fuera reina el tiempo y en el Ser la eternidad, porque en lo exterior impera

HASTINAPURA

diario para el alma

el movimiento y la Esencia es quietud. ¿Cómo cavar surcos para la Semilla Celeste en medio de la mar? ¿Cómo, si mi locura me lleva a hacerlo, esperar que algo fructifique?

Corazón mío, eres el atrio de la oración más perfecta y acabada. ¡Dios sea alabado y glorificado en ti! Dios te otorgue la fuerza necesaria para que hagas de tu Morada la Única Morada, hasta despertar y sentirte ya andando por la inefable ruta Celeste.

Ada Albrecht

HASTINAPURA

diario para el alma

Vida de santos hindúes: Midiko y Vagudar

por Ada Albrecht

Al santo Midiko una sola cosa lo aterraba y era el olvido de Dios.

En su corazón acostumbraba a hablar con Nuestro Señor y así le decía: Puedo vivir sin ojos, sin oídos, puedo perder ambas piernas y brazos, el don del habla y la salud de este cuerpo, si te place, Padre mío, más nunca, pero nunca, deshábites mi corazón, jamás te vayas de la casa de mi mente. Si acaricio un niño debo recordarte, si aspiro el perfume de una flor, bendecirte. Cuando baño mi cuerpo, bañarte en él, puesto que es tuyo hasta su última célula, y cuando comento los libros sagrados, sentirte andar en cada palabra que pronuncio. Poséeme tan completamente que no hayan hendijas en la casa de mi memoria por donde te me pierdas. Bien sabes que la verdadera muerte es no recordarte. De nada más tengo miedo Señor; sólo del olvido. Él es más peligroso que mil tigres de Bengala, y guarda mayor ponzoña que todas las cobras, pues su veneno nos aletarga para lo real y nos sume en la materia. Mira a esas criaturas humanas, completamente ebrias con el funesto licor de la desmemoria. Van y vienen presumiendo que hacen cosas, cuando en verdad, si no piensan en Ti, su quehacer carece de significado, ya que sólo el pequeño yo se manifiesta en cuanto realizan. La ignorancia ciega, los sigue como su propia sombra. ¡Ay, nada puede haber en este Universo Tuyo, que sea más triste! ¡No pensarte, no recordarte, no amarte, es no-Ser: así permíteme vivir como si fuera la misma morada de tu Nombre! Que todo mi espíritu lo pronuncie en sus mil formas, con este cuerpo, con sus emociones, con la mente, con el discernimiento. Nada haga donde Tú no estés, y no tenga palabra que no te exalte...

Cuando Midiko se hacía a los Caminos, saludaba a Dios en cada criatura que veía. No permitía que los devotos cortaran las flores de los jardines cercanos para ofrecerlas al Señor en sus altares.

—Él estará más Feliz si respetáis la vida de sus hijas a las que Él viste de pétalos y perfumes. No le llevéis sus cabecitas muertas. ¡Ellas son pequeños ángeles que da a luz la Madre Tierra para gloria del Amado Celeste! Llévadle más bien las flores de vuestro constante recuerdo; el recuerdo de Dios, si es constante, es la orquídea de los jardines de la mente, a la que Él aprecia sobre todas las cosas...

Esta idea suya, resultaba sumamente extraña, pues sabido es que los hindúes hacen un verdadero culto de la preparación de las flores para los innumerables altares que poseen. Quedarse sin ellas para sus devociones era incomprensible, pero... si Midiko lo pedía, había que hacerle caso, pues Midiko era un santo de Dios. Una mañana del mes de Marzo, durante los cultos del Dios de la Liberación, el piadoso Shiva, los sacerdotes brahmines se sentían sumamente desolados, pues ni una flor había sido llevada a los altares. La fiesta parecía caminar de la mano de la tristeza y el deslucimiento, cuando, oh maravilla de maravillas, el santo Midiko se hizo presente en el Templo, y con él, de modo misterioso, llegaron miles de rosas, jazmines, lotos, y champakas de exquisito perfume. Todos los Devas de los innumerables pilares, templetos, ornacinas, etc., se enjoyaron con ellas. Era un poema del Cielo ver semejante esplendor.

Las misteriosas flores, yacían postradas como diminutas devotas, a los pies de Shiva, Parvati, Kartika y el Divino Ganesha Ji. Los sacerdotes no salían de su asombro, y daban gracias al Cielo por tan inusitado acontecimiento.

HASTINAPURA

diario para el alma

Cuando los numerosos fieles se retiraron y los dulces mridangas cesaron junto con los tamboriles y vinas de los músicos, el último sacerdote brahmin vio cómo las flores ascendían en brazos de un viento invisible, abandonando los altares y desapareciendo en el espacio colmado tan sólo de un inusitado resplandor. Y ese resplandor fue la postrer huella que dejaron las flores de su estancia en el Divino Templo.

Midiko las había materializado trayéndolas de los jardines de Indra, el Rey del Cielo, donde las flores son eternas y nunca perecen. Ese día en verdad, resultó de singular gracia para los devotos, por la inusual aparición de las flores. Toda la ciudad sagrada de Rishikesh comentó el maravilloso acontecimiento con lágrimas en los ojos. Todos, menos el orgulloso Pandit Vagudar. Acercándose a Midiko, le espetó entre irónico y enfadado:

–Bien se las ingenió usted para hipnotizar a la gente con esas, supuestas flores, le dijo. Nada de lo que se comenta es verdad –agregó– sino para esta pobre gente ignorante que sólo sabe creer en Dios, ya que no tienen capacidad de pensar.

–Tiene razón, PanditJi, repuso Midiko, fue un fenómeno hipnótico, el mismo que Nuestro Señor realiza todas las mañanas y que llamamos aurora, y todos los atardeceres, y que llamamos ocaso. Es el mismo fenómeno hipnótico por medio del cual alimenta en usted con sus frutos a un cuerpo que debe desaparecer cuando el Sublime Mago Celeste así lo quiera. Todo este mundo es eso, un fenómeno hipnótico, un gran Sueño del cual deberemos despertar algún día. Pero no debe usted quedarse en ello, sino que debe ir más lejos y descubrir a Dios, la Gran Realidad. Entonces sabrá que las flores que aparecieron en el templo, pertenecían a otra clase de “fenómeno” diferente al que usted supone.

Y como el Pandit se alzara de hombros y se diera media vuelta, marchándose sin responder, Midiko se dijo para sí que el pobre Pandit debía conversar menos con su mente y más con su espíritu.

–Cuando dialogamos en demasía con nuestra razón, terminamos por considerarla nuestro amo –se dijo– y olvidamos que ella es sólo sirvienta del Divino Poder que nos hace concienciar al Eterno.

En otra oportunidad, Midiko se internó en la selva a fin de hallar un poco de soledad y poder así, más libremente, repetir el nombre de su Adorado sin que multitudes de personas lo siguieran por todos los caminos. Anduvo y anduvo, hasta llegar a una cueva de la montaña a la que recibió como un verdadero don del Cielo, instalándose en ella como si fuera el palacio de las maravillas. Hacía mucho frío, pero Midiko repetía constantemente el nombre del Señor, y verdaderas oleadas de fuego se elevaban de su espíritu produciendo un intenso calor, parecido seguramente al que poblaba el bosque Khandava, cuando Krishna y Arjuna lo incendiaron a ruegos de Agni.

A eso de la medianoche, comenzaron a sonar las campanas de los innumerables templos de Rishikesh. Cundía en verdad el pánico, y la gente se arremolinaba en las esquinas con sendas antorchas. ¿Qué había pasado? No bien Midiko comenzó sus meditaciones en Nuestro Señor, que todo el valle circundante, las montañas, las selvas no deben tenerles miedo. Recién mañana, al nacer el nuevo Sol, el espíritu de Ahimsa (no violencia) comenzará a abandonarlos, mas ni aun así podrán todavía hacer daño alguno. Por sí solos, regresarán a su morada en la selva. Os ruego Gutanka, ve a comunicar esto, y que la Paz y el Amor reine por esta única noche, entre todas las criaturas de Nuestro Señor.

HASTINAPURA

diario para el alma

Gutanka, embriagado de alegría, comenzó a desandar el camino. Mientras lo hacía iba tropezando prácticamente con toda clase de bestias, a las que, sin temor alguno, acariciaba como si en vez de tigres, leones y cobras, se tratase de pequeños felinos y humildes gusanillos.

Ya en la ciudad, donde todos lo esperaban, comunicó la buena nueva con lágrimas en los ojos.

-Por esta única noche, todos seremos hermanos, dijo. No habrá elefantes ni osos gigantes a quienes temer. ¡Acariciad a los tigres, no os harán daño!, Midiko ha hecho posible que esta región fuese poseída por el espíritu de Paz:

Pero el miedo reinaba en los corazones humanos, y pocos fueron los capaces de liberarse de sus agudos colmillos. Es claro que el ejemplo de Gutanka, cundía por doquier. Éste, iba y venía entre las bestias, las acariciaba, caminaba un trecho con ellas, o se recostaba donde éstas lo hacían. Uno a uno, fueron siguiendo su ejemplo y por fin, la gran fraternidad universal de las criaturas de Nuestro Señor, fue la sinfonía sagrada que se elevó en el anfiteatro de la noche. Los grandes elefantes, jugaban con sus enemigos naturales, los leones, acariciando sus melenas puntiagudas con sus poderosas trompas. Éstos, a su vez, alzándose, iban a apoyar sus patas delanteras sobre el vientre de los macizos paquidermos como muestra de ternura.

Las poderosas cobras, hinchaban sus befos a los costados de su imponente cabeza, mas ningún veneno era lanzado por sus temidos colmillos. Los más valientes -o bien los hombres de mayor fe- jugaban con ellas, liándolas alrededor de sus miembros, y cuellos como si se trataran de inocentes cinturones de seda.

En medio de tal algarabía, una pequeña gacela cayó a una zanja muy ancha y peligrosa. Con toda premura, viose a una tigresa, ir a su rescate. Tomándola con extremo cuidado entre sus colmillos, la arrebató de las aguas, la puso sobre la tierra, y con su propia lengua secó su cuerpecillo, tal como hacía con sus propios hijuelos tigrecillos.

La gente no cabía en sí de gozo. Era mirar, y no creer. Lo que allí estaba aconteciendo era mucho más que un milagro; era el adelanto del fin postrero del Universo, o bien el comienzo de uno nuevo, blanco y purísimo, donde ya no existirían diferencias entre las criaturas.

Nadie tuvo deseos de marcharse a sus casas. Por el contrario, los más temerosos que se habían escondido en las suyas, salían para presenciar el extraordinario espectáculo, esta vez, sin miedo a la inusitada invasión de los animales de la selva. ¡Qué de regocijos, qué de bienaventuranzas elevándose de todos los corazones! ¡Vivían un cuento de hadas! La niñez, con sus mil sortilegios, estaba presente esa noche. El mundo volvía a ser bueno, y el mal no existía, todo era un encantamiento de Amor.

Un poco antes del amanecer, y regresando de la montaña, vieron caminar hacia ellos a Midiko el santo. Su rostro era un incendio de auroras y sus pies apenas si se posaban sobre el camino. Uno a uno, los hombres comenzaron a rodearlo. Algunos caían a sus pies, profundamente emocionados, otros, lloraban silenciosamente, los de más allá agradecidos se abrazaban trémulos de amor, a las bestias que por solo esa noche inolvidable, serían sus amigos. Una Paz Celestial rodeaba todo el valle y hasta parecía que las aguas sagradas de la Divina Madre Ganga, se detenía en su marcha perezosamente, no queriendo alejarse por esta vez, de las riberas donde se estaba llevando a cabo tan inefable milagro.

HASTINAPURA

diario para el alma

Entonces Midiko, comenzó a hablar con su voz de pájaro del cielo.

-Es natural el amor entre las criaturas, dijo. Todos nosotros sentimos el frío y el calor, nos alimentamos, amamos y tememos. Las características que poseemos son similares debido a que Nuestro Padre y Señor es el mismo. Hasta un gusanillo siente hambre y sed, como el más inteligente de los hombres. Así también, del mismo modo que esas cualidades nos enlazan a todos por igual, el Amor puede hacerlo. Quitad de vuestro cuadro mental, el negro color de los apegos, el gris del temor, el rojo de la ira. Recordad a Dios de modo constante y conciente, repetid su sagrado nombre en vuestros corazones. ¡Transmutaos hermanos, como la semilla que alegremente muere para llegar a ser árbol de generosos frutos! Y creed. ¡Creed que existe un Dios, creedlo con todas las fuerzas de vuestro corazón! Para ello, no pidáis ayuda a la mente; ésta por el contrario, os despeñará a la nada. Para crear, debéis aprender a no pensar. Todo pensamiento es por naturaleza enemigo acérrimo de la Fe: Debéis aprender el difícil arte del escultor divino; éste esculpe el sentimiento de Dios en su corazón valiéndose del cincel de la soledad y del silencio. ¡Llenaos hermanitos de ansiedad celeste! Que vuestras almas no dejen jamás de gustar la miel de su recuerdo, y renaceréis a los mundos de la bienaventuranza.

Cuando las primeras luces del alba asomaron tímidamente por el oriente, los animales comenzaron a marcharse rumbo a la selva. Todos los seguían emocionados, como si estuvieran despidiendo a sus seres queridos. Luego, cada quien marchó a su hogar, bendiciendo las horas transcurridas.

El santo Midiko también se alejó rumbo a sus amadas montañas.

Al doblar un recodo del camino, sintió cómo alguien se arrojaba a sus pies. Era el Pandit Vagudar.

-Siempre he sido un necio, mi señor, exclamó sollozando. Tuve la desgracia de un mal amor: me prendí del intelecto y este mal amante me arrastró hasta la tumba del escepticismo, me hizo gustar las agrias uvas de la duda, me dio por morada la noche del Ser. Libérame de sus brazos, oh santo. ¡Me muero de sed de agua pura, desconozco el camino de la fuente, y ya no puedo beber más del vinagre racional que lacera las entrañas de mi alma!

El santo Midiko sintió profunda compasión por esta alma desdichada. Sin embargo, antes de acogerlo en el Camino de los Hombres enamorados de Dios, quiso saber si cuanto expresaba era sincero, y habiéndolo confirmado por medio de su arcana clarividencia, lo abrazó con afecto y le dijo:

-Estás bajo la bendición de una fuerte emoción, la que momentáneamente te ha acercado al camino recto. Más ella pasará, y otra vez la mente arrojará sus dudas sobre las espaldas de tu cansado espíritu. Tendrás que prometerme que cuando ello ocurra, cortarás de raíz todo pensamiento. En su lugar, pondrás tan sólo el nombre de Hari (Dios). Todas tus enciclopedias, a partir de ahora, tendrán en sus páginas esa sola palabra, de la que beberás tarde, mañana y noche como si fuera tu único alimento. Con el tiempo volveremos a vernos Vagudar, pero tú ya no serás el mismo.

Doce años pasó el Pandit repitiendo el sagrado nombre. Millones de veces, el mar mental arrojaba a las playas de su conciencia las desventuradas olas de los “por qué”... y “quien sabe”... En más de una oportunidad estuvo a punto de ahogarse en sus aguas estériles; acudía entonces con desesperación al recuerdo del santo Midiko y al nombre de Hari hasta que el oscuro oleaje se retiraba y volvía la añorada calma.

HASTINAPURA

diario para el alma

Y así, poco a poco, los terrenos de la ilusión se iban perdiendo y conquistándose los otros celestiales. Su mente comenzó a apagarse como una lámpara a la cual nadie abastece de combustible. Una última llama, y por fin, nada. Cuando esto ocurrió se sintió como el polluelo que acaba de perder su cascarón. ¡Cuánta maravillosa libertad allende su estrecha celda! ¡Cuánta bienaventuranza, qué océano de luz rodeándolo por todos lados! ¡Y supo entonces lo que es la verdadera conciencia! Lo supo al perder su yo mental. Todo él se convirtió en un poema de Dios, escrito por Dios y recitado para Dios. Vio a Dios por todos lados y se sintió desmayar de la dicha. Se dijo que podía volar... y voló, que podía caminar sobre las aguas... y caminó. Hizo un alto, en su camino a la plenitud, para llorar agradecido a la Vida y al Santo Midiko.

Estaba todavía enviándole su agradecimiento desde el corazón, cuando lo vio aparecer por el camino.

-Tú sufrías mucho, Vagudar, le dijo con voz suave. Tu alma se te moría a diario, quemada por el fuego de la especulación.

Has aprendido ahora que el reino de la felicidad radica en la devoción al nombre de Hari (Dios), mas ello no es suficiente; deberás predicar esa Verdad hasta el fin de tu vida, porque muchos son los hombres que padecen la misma enfermedad que hasta ayer fuera la tuya. Sólo el recuerdo constante de Dios, salva a la criatura humana de los esponsales con el dolor.

Vagudar llegó a ser un gran santo del Norte de India. Miles de veces, contaba a las multitudes lo que había sucedido aquella venturosa noche en que los animales descendieron hasta Rishikesh en son de amistad. También narraba la ya lejana historia de las flores -en las cuales ahora sí creía Vagudar- y mil y un acontecimientos de la vida del santo Midiko.

Fue el más fiel de sus centenares de discípulos, y cuando Midiko se despidió por fin de su vestidura mortal, fue el ex Pandit Vagudar el que llevó su sagrado cuerpo hasta la tumba.¹ Pero no lo sobrevivió por mucho tiempo.

Escasamente a la semana del adiós de Midiko, Vagudar también ingresó al Mahasamadhi. Las circunstancias que rodearon su muerte, fueron por demás extrañas. Lo hallaron unos pastores, en un claro de la selva, rodeado por tigres y leones que parecían montar guardia ante el cuerpo inerte de Vagudar.

Ningún animal tocó siquiera sus restos mortales, simplemente, lo velaban, como si se tratara de decir adiós a un querido amigo.

Tal vez, entre esos animales, hubiera alguno de los que descendieron hasta Rishikesh aquella venturosa noche en la cual comenzara la conversión espiritual de Vagudar.

Esta maravillosa historia, se escucha repetida por todos los caminos de la India del Norte. Muchas como ella, alimentan todavía y lo seguirán haciendo a través de los siglos, el corazón de Bharatavarsha, el “país de los hombres enamorados de Dios”, para Gloria y Bienaventuranza de todos los hombres de esta tierra.

¹ Los cuerpos de los santos no se incineran, pues carecen de impurezas. Por lo tanto, resulta innecesaria su purificación por el fuego.

HASTINAPURA

diario para el alma

Del Srimad Bhagavatam

La pena de Udhava

Parte IV

Bhakti: una definición

Uddhava preguntó a Krishna: “Señor, dime qué es Bhakti, dime qué clase de Sadhu es querido por Ti. Sé muy bien que Rishis como Nârada Te son muy amados. ¿Cuáles son las cualidades que predominan en la mente de Tus Bhaktas?”

Con una ligera sonrisa, Krishna respondió: “El hombre que es querido por Mí, posee algunas cualidades, pero la más importante de todas ellas es a Mi juicio la compasión. El hombre debe hallarse pleno de compasión por el sufrimiento de los otros. Él no debe traicionar la fe de los otros en él, debe ser paciente, veraz a toda costa y falto de envidia. No se sentirá lleno de algarabía cuando la felicidad lo visite, ni se sumergirá en la depresión cuando el sufrimiento llegue. Debe ayudar a los otros tanto como le sea posible. Sus sentidos jamás deberán arrastrarlo lejos del sendero que él ha elegido para sí mismo. Su corazón ha de poder dulcificarse ante la visión del dolor de los otros y cuando los problemas lo visiten ha de tener firmeza e impasibilidad”.

“Debe ser limpio en el sentido en que sus principios se mantendrán inalterables. No tendrá deseos y nunca hará nada anheloso de recompensa. No debe comer en demasía; su mente siempre ha de ser plácida. La ecuanimidad es esencial en Mi Bhakta. Realizará sus deberes diarios y otras tareas sin interrupción, pero su mente siempre deberá estar orientada hacia Mí. Siempre imperturbable y ecuánime, no deberá permitir que los diferentes movimientos de la mente, ni siquiera las calamidades, le quiten su paz. El hambre y la sed, la tristeza y la alegría, la vejez y la muerte: estos seis accidentes de la vida no deben ser temidos por él”.

“Él no debería esperar alabanzas u honores, y no debe faltar a sus deberes, como el de respetar a los otros. Si él encuentra alguno realmente interesado en aprender lo que él sabe, no deberá retener u ocultar ese conocimiento. No debe engañar a otros y no debe comprometerse con nada a no ser que sea por el motivo de hacer bien a los demás, por profunda compasión hacia el otro que se encuentra en problemas. Cuando él se halla ocupado en adorarme, dotado como está con todas esas cualidades que te he enumerado, él, en el curso del tiempo, será como Nârada y otros. Entonces ya no tendrá que realizar ni aún sus deberes diarios, ya que todo su tiempo podrá ocuparlo pensando tan sólo en Mí”.

“Ese hombre nunca adoptará los modos de un ser sagrado, ni hablará de las buenas obras que ha hecho para ayudar a los demás”.

“Uddhava, tú eres Mi Bhakta, y eres muy querido por Mí. Así te diré el secreto de los secretos, con el cual podrás ganar Mi amor, o sea el secreto de Bhakti Yoga”.

“Hatha Yoga y Pranayama no conquistan a Mi corazón, como sí lo hace la compañía de los hombres buenos. El conocimiento del gran Sankhya Yoga, la comprensión intelectual de sus enseñanzas, no puede agradarme tanto como el Bhakti Yoga. El recitado incesante de los Vedas, Tapas, Sannyasin, que es una aparente renunciación de todas las cosas mundanas, todo eso no logra atraerme. No lo hacen tampoco los muchos Vratas ni las privaciones prescriptas por los hombres sabios. Yo respondo al Amor y solamente al Amor. Aquellos que Me conquistaron, lograron

HASTINAPURA

diario para el alma

hacerlo por el Amor que Me tuvieron, por Bhakti y nada más. Bhakti no sabe de castas, ni sabe de credos, ni de religiones. Bhakti sólo sabe de Amor. Es con el Amor a Mí que Bhakti se entiende. Bhakti no puede comprenderse con nada más. Voy a decirte los nombres de algunos de Mis Bhaktas. Vritra, Prahlada, Bali, Banasura, Mâyâ, Vibhishana, Sugriva, Hanuman, Jambhavan, Gajendra el elefante, Yatayu el águila, Tuladhara, Dharmavyada, Trivakra la jorobada, las Gopis de Brindavan, los Yajnapatnis y muchos otros han llegado a Mí con el poder de su devoción. Ellos no conocían los Vedas, no tenían sed de conocimiento, no observaban Vratas, no realizaban Tapas. En compañía de los Saddhus aprendieron a poner la mente tan sólo en Mí y así se tornaron sólo Míos. Cuando los ríos entran en el océano, ellos pierden absolutamente su identidad, y así, cuando los sabios llegan al estado de Samadhi, pierden el recuerdo de sus nombres y sus hogares. Uddhava, no tengas cuidado por ningún tipo de vida, ya sea la de realización de Tapas, tornarte Sannyasin o ser un Grhasta. Simplemente adórame, pon tu mente en Mí, trata de hallar refugio a Mis pies y ciertamente Me alcanzarás y llegarás a Mí.

HASTINAPURA

diario para el alma

Las dos tendencias del ser humano

Por Claudio Dossetti

Enseñan los Sabios que en todo ser humano existe una tendencia a “salir hacia el mundo” y también otra tendencia a “recogerse en el propio corazón”.

La primera es el llamado de Mâyâ, la Divina Ilusión del Señor, que se asemeja a la actitud de una madre que desea mantener a sus hijos con ella por siempre. Esta Madre Mâyâ alimenta sus hijos con el adormecedor licor de Avidyâ, esto es, con “ausencia de Conocimiento Real”, el cual toma la forma de un pseudo-conocimiento, que no es otro que un saber acerca de las cosas del mundo. Por ello, cuanto más conoce el ser humano acerca de las cosas, más es poseído por Avidyâ, y por lo tanto, más lejos se halla de la Realidad Espiritual. Recolectar las imágenes que nos brindan nuestros sentidos se asemeja a colocar poco a poco piedras en un bote. Éste cada vez se tornará más pesado. En algún momento comenzará a ingresar agua en él, y finalmente terminará por hundirse. Esos guijarros son de diversas formas y tamaños; sus nombres son: curiosidad por lo que ocurre en el mundo, deseos, apegos, avaricia, codicia, celos, envidia, anhelo de “saber más que otros”, anhelo de riquezas, de triunfo, etc. Las aguas que ingresan son las aguas de Mâyâ que terminarán sumergiéndolo en el mar del olvido de Dios. Este “salir hacia el exterior” es –de algún modo– un aceptar ser partícipes del reino de la multiplicidad, dando la espalda a Aquel Supremo Espíritu del cual todos provenimos y al cual hemos de regresar.

La segunda tendencia es un sereno anhelo de recogernos en nuestro propio corazón. Él nace de Dios y es Su dulce llamado para que Sus Hijos regresen al Verdadero Hogar. Todas las Grandes Religiones nos hablan de él. El Bhagavad Gîtâ nos dice “¡Oh Gudâksha! Yo soy el Espíritu que mora en el corazón de todos los seres” (Bh. G. X, 20); la Filokalia nos dice que debemos permanecer “con el intelecto encerrado en el corazón”; Confucio dice “el Sabio, para educar a los seres humanos, primero observa detenidamente aquello que es eterno y que yace oculto en su propio corazón” (Chung Yung XIII, 2). Este “mirar hacia dentro de nosotros mismos” es, en verdad, mirar a Dios. Los Upanishads nos dicen “todo esto, en verdad, es Dios” (Mand. Up. 2). Es decir, Dios se halla por doquiera presente, pero no es con los ojos físicos como podremos verlo, sino con los ojos de nuestro Espíritu. Dios mora en el corazón de cada una de las infinitas criaturas que pueblan el Universo, sin embargo, para percibir a esa Divinidad Omniabarcante, debemos primero haber abierto los Ojos del Conocimiento Espiritual (Jñâna Chakshus), que son los Ojos de ese mismo Dios que mora en nuestro interior. Es por ello que los Maestros nos hablan continuamente de “recogernos en nuestro interior”, “cerrar las puertas de los sentidos” y “apartarnos de los objetos de sensación”. Necesario es descorrer el pesado velo que cubre la Luz de nuestro corazón para que podamos ver brillar esa misma Luz Divina por doquiera. Esta es la razón de ser de los Ashrams, monasterios, y conventos. Esa luminosidad interior se despierta –si tal es la Voluntad de Dios– orando sin cesar, peregrinando una y otra vez a los Templos y lugares sagrados, realizando continua Svadyaya o lectura de Libros Sagrados, cantando a Dios, haciendo Anushtanas y sirviendo a los devotos de Dios.

Tan sólo aquel que es capaz de apartarse del movimiento desenfrenado del mundo, puede ayudar espiritualmente a ese mismo mundo. Tan sólo aquel que logra permanecer sereno y lleno de Paz en Dios, puede brindar serenidad y Paz a los otros seres. De este modo, yendo hacia nosotros mismos es como podemos acercarnos a

HASTINAPURA

diario para el alma

nuestros hermanos. Aprendiendo a estar quietos es como podremos avanzar. No existe otro camino verdadero.

Que Dios, Nuestro Señor, pueda otorgarnos claridad del corazón para comprender estas enseñanzas que son Eternas como Eterna es la Presencia Misma de Dios, y que Él nos otorgue fuerzas como para seguir este Camino de caminos, pacientemente, con perseverancia y entusiasmo a lo largo de toda nuestra existencia.

HASTINAPURA

diario para el alma

La bienaventuranza de la fe

de Ada Albrecht

El que se encierra en la tristeza se halla también en el rencor y la iracundia. No puede perdonar, no puede comprender, esta bloqueado por un ejército de sombras. Su alma es sólo turbio remolino, no espejo clarísimo de la luz. Dicen los Monjes en India, que los Dioses ayudan a los seres humanos que trabajan por el bienestar de los otros, arropados de sano optimismo, de alegría, de comprensión. Como sabemos este es país donde las mas grandes enseñanzas, están dadas en forma de cuentos y su ejemplo vivo, es el mismo Mahabharatha. Vamos a contar aquí una de estas historias y, una por cierto, muy querida por los Sadhus de los Himalayas. Dice así:

“Cierta vez, un pájaro construyó su nido en un roquedal, aledaño al mar. Con celo inigualable vertió su alma toda, en la elección de cada pajueta que lo conformaría. Una vez finalizado el mismo, tres huevecillos nacarados puestos en su interior, hablaban de esperanzas de nuevos trinos y emplumadas alas para el futuro cercano.

Sin embargo, una noche fatal, la marea llevóse nido y huevecillos, desapareciendo todo, en el lecho del mar embravecido. ¿Que hizo entonces, el pájaro de nuestro cuento? Con su pico diminuto, días tras día, levantaba algunas gotas de agua del caudaloso gigante, y pletórico de alegría, decía:

¡Ahora hay una gota menos en el mar inmenso, y estoy más cerca de mi meta que es vaciarlo, para rescatar de su fondo, mis adorados huevecillos y mi nido!

Asombrados los Devas ante la visión de tamaño optimismo, de Fe tan intensa, de trabajo tan desmedido de alegría tan pura y confiada, hicieron que descendiera el sabio Narada, hasta la playa donde el avecilla efectuaba su incansable labor.

Siddha Perfecto, el sabio Narada, señor de los Trilokas, dueño absoluto del secreto de los Sagrados Mahabuthas, nido y huevecillos le fueron devueltos al ave en un instante. Y es que los mismos Dioses suelen mirar gozosos y premiar gozosos, el trabajo de aquellos que se empeñan en su tarea con la verdadera alegría de corazón, teniendo la mente puesta en el acabamiento de la obra y no en las dificultades.

Un día tiene, un poco de Sol, y un poco de noche; que el recuerdo del primero entibie nuestras horas oscuras y no a la inversa, que en nuestras horas de radiante Sol, lloremos amargados, apretados al recuerdo de la vívida noche. Esto último no es propio de Idealista ni de espíritus sanos. Así nunca el abatimiento, ni la tristeza, nunca la congoja, nunca la amargura, hagan su nido en nuestro corazón, por el contrario seamos capaces de transmutar cada lágrima, en pétalo dulcísimo que diga con su presencia: “Yo soy el epitafio del invierno, y es mi cuerpo de blanco terciopelo, espada que abate lo magro y oscuro trayendo para el Mundo entero, su mensaje de Ser y de Belleza”.

HASTINAPURA

diario para el alma

Enseñanzas de los Místicos del Islam

Parte IV

A continuación transcribimos algunas de las enseñanzas de los Místicos del Islam.

El poeta derviche Kuhl de Shiraz dice en uno de sus poemas:

“En el mercado y en el claustro sólo vi a Dios. En el valle y en la montaña, sólo vi a Dios.

“Le he visto detrás de mí, a menudo, en la hora de la tribulación; y en los días del favor y la fortuna, sólo a Dios vi.

“En la plegaria y en el ayuno, en la contemplación y en la alabanza, y en la religión, sólo vi a Dios.

“No vi alma ni cuerpo, accidente ni substancia, causas ni cualidades, sólo a Dios vi.

“Abrí mis ojos, y gracias a la Luz de Su rostro que me circundaba, descubrí en todas las miradas al Amado y sólo vi a Dios.

“Me derretí en Su fuego, como vela a la luz de la llama, y entre los oscilantes resplandores, sólo a Dios vi.

“Me vi a mí mismo, con mis propios ojos, claramente; pero, cuando comencé a mirar con los ojos de Dios, sólo a Dios vi.

“Y me desvanecí en la nada, me derretí, y he aquí que yo era la Vida-Universal, y sólo vi a Dios”.

Cierta vez, el poeta y místico Rumi se hallaba frente a un grupo de teólogos que daban largos discursos sobre moral y religión. Parándose frente a ellos, les dijo:

“¿Alguna vez habéis visto que de la palabra R. O. S. A., brotase un solo capullo de rosas? Si pronunciáis el Nombre de Dios, ¡id en busca de Dios!, no os quedéis disertando sobre ese Nombre. Buscad la luna en el cielo, no en el mar. Si queréis elevaros por encima de los meros nombres y letras, liberaos ante todo de vosotros mismos, y hacedlo con firmeza. Purificaos de todos los atributos del ego, para que podáis contemplar vuestra propia esencia de luz. Entonces, sólo entonces, veréis a Dios”.

Cierta vez un estudiante ávido de conocimiento llegó hasta la casa de un Maestro para pedirle instrucciones y consejos para transitar por la senda espiritual. El Sabio le dijo:

“Si tus pasos fueren ajenos a la Senda del Amor, márchate, aprende primero a Amar a las criaturas, luego regresa, y preséntate de nuevo ante mí”.

Acerca de la importancia de la oración se narra la siguiente historia:

Cierta noche, un devoto oraba en voz alta. De pronto, en medio de las alabanzas, una voz en su mente –que, como sabemos, difícilmente halla la quietud– le dijo:

¿Hasta cuándo vas a gritar “¡Señor! ¡Señor!”? ¡Quédate tranquilo! ¿No ves acaso que nunca te va a responder?

HASTINAPURA

diario para el alma

Entonces, el devoto dudó. Pensó por un momento, y luego, inclinándose en silencio su cabeza, dejó de orar.

Al poco tiempo llegó hasta él un espíritu celeste envuelto en luz, quien le dijo:

“¿Por qué dejaste de llamar a Dios?”

El devoto respondió:

“Porque no llegaba la respuesta “Aquí estoy”, que yo esperaba”.

El espíritu celeste respondió:

“¿Cómo dices que no te había respondido? Él siempre estuvo contigo. Era Dios Quien te impulsaba a orar. Era Dios Quien ocupaba tus labios cuando repetías Su Nombre. Tu aspiración a Dios era el mensajero que Dios te enviaba. Era Dios quien hacía que orases, y Quien a tus cánticos les ponía alas para que volasen al Cielo. Y también, tu llamada “¡Señor! ¡Señor!”, era la respuesta de Dios que decía sin cesar: “¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy!”.